

CAPÍTULO XLI.

La Infanta Isabel.—Regocijos públicos.—Vanas intimaciones á Granada.—Es armado caballero el príncipe D. Juan.—Política de D. Fernando.—Doña Isabel depone á los oidores de la chancillería de Valladolid.—Hace D. Fernando alarde de sus tropas.—Acampa en la Vega.—Posición de Granada.—Caballería morisca y cristiana.—Practica la reina un reconocimiento de la ciudad.—Combate con el enemigo.—Incéndiase el campamento cristiano.—Fundación de Santa Fe.—Negociaciones para la rendición.—Capitulacion de Granada.—Comociones en esta ciudad.—Preparativos para ocuparla, y su ocupacion por los cristianos.—Plántase sobre la Alhambra el estandar e de la Cruz.—Suerte de Abdallah.—Resultados de la guerra de Granada.—Su influencia moral.—Su influencia militar.—Suerte de los moros.—Muerte y carácter del marqués de Cádiz.—Historiadores particulares: Bernaldez, Cura de los Palacios, Mr. Irving.

En la primavera de 1490, llegaron embajadores de Lisboa, con el objeto de llevar á efecto el tratado de matrimonio celebrado entre Alfonso, heredero de la monarquía portuguesa, é Isabel, infanta de Castilla. La alianza con este reino, que á causa de su proximidad poseía muchos y rápidos medios de incomodar á Castilla, y que tales deseos habia manifestado de emplearlos en favor de las pretensiones de Juana la Beltraneja, era un objeto de gran importancia para D. Fernando y doña Isabel; y ciertamente que sólo por esta consideracion pudo consentir la reina en separarse de su querida hija primogénita, cuyo carácter dulce y extraordinaria afabilidad parece que la habian granjeado el mas tierno cariño de sus padres, con preferencia á los demas hijos.

La ceremonia del desposorio tuvo lugar en Sevilla, en el mes de Abril, representando al príncipe de Portugal, D. Fernando de Silveira, y á ella se siguió una serie de espléndidas fiestas y torneos. A cierta distancia de la poblacion en las márgenes del Guadalquivir, se construyó un palenque, rodeado de espaciosa galerías, colgadas de ricas sedas y brocados, y defendidas de los rayos del sol por medio de pabellones, en los cuales se ostentaban, primoro-

samente bordados, los escudos de armas de las antiguas casas de Castilla. Daba nuevo realce al espectáculo la asistencia de todas las personas distinguidas y de las hermosuras de la corte, juntamente con la presencia de la infanta Isabel, que se dejó ver acompañada de setenta damas nobles y de cien donceles de palacio. Los caballeros españoles, jóvenes y ancianos, se dirigieron presurosos al torneo, tan deseosos de adquirir laureles en aquel teatro de simulada guerra, y en presencia de tan brillante reunion, como lo habian sido en los más terribles combates contra los moros; y D. Fernando, que rompió en aquella ocasion algunas lanzas, fué uno de los combatientes que más se distinguieron por su destreza personal, y por su habilidad en la equitacion. A los marciales ejercicios de la mañana, sucedian por la tarde los más afeminados placeres de la danza y de la música, y todos parece que á porfía se entregaban ahora al regocijo, despues de las prolongadas fatigas de la guerra.

En el otoño siguiente, la infanta fué acompañada á Portugal por el cardenal de España, el gran maestro de Santiago, y una numerosa y lucida comitiva. Su dote excedió á la que ordinariamente se asignaba á las infantas de Castilla,



en quinientos marcos de oro y mil de plata; y el valor de sus trajes y equipajes se calculó en ciento veinte mil florines de oro. Los cronistas de la época se detienen con gran satisfaccion en referir estas muestras de la magnificencia y esplendor de la corte de Castilla; pero desgraciadamente, tan brillantes auspicios debian quedar muy pronto desvanecidos por la muerte del príncipe esposo de la infanta.

No bien hubo terminado la campaña del año precedente, cuando D. Fernando y doña Isabel enviaron una embajada al rey de Granada, requiriéndole para que hiciese entrega de su capital, segun los pactos de Loja, en los cuales sólo se le aseguraba su posesion, hasta la capitulacion de Baza, Almería y Guadix. Era ya llegado el plazo; pero el rey Abdallah se excusó de obedecer á las intimaciones de los soberanos españoles, replicando que ni áun era dueño de su persona; y que aunque sus deseos eran los de cumplir sus compromisos, se lo impedian los habitantes de la ciudad, cuya poblacion habia tenido extraordinario aumento, que insistian resueltamente en su defensa.

Es probable que el monarca granadino no hiciese gran violencia á sus sentimientos al evadir de este modo el cumplimiento de una promesa que le habia sido arrancada en el cautiverio: así al ménos aparece de los movimientos hostiles que inmediatamente se siguieron. El pueblo de Granada recobró al punto toda su pristina actividad, haciendo entradas por los territorios cristianos, sorprendiendo á Alhendin y otras plazas de inferior importancia, y concitando el espíritu de sedicion en Guadix y otras ciudades conquistadas. Granada, que habia estado sumida en profundo letargo durante el calor de la contienda, parecia resucitar á la vida en el momento mismo en que sus esfuerzos habian de ser ineficaces.

No se descuidó D. Fernando en tomar represalias de estos actos agresivos; y en la primavera de 1490, marchó con grandes fuerzas á la cultivada llanura de Granada, arrebatando, como de costumbre, las cosechas y ganados, y llevando sus ímpetus devastadores hasta los muros mismos de la capital. En esta campaña, confirió los honores de la caballería á

su hijo el príncipe D. Juan, que solo tenia entonces doce años, al cual habia llevado consigo, segun la antigua costumbre de los nobles castellanos, de conducir á sus hijos, desde sus más tiernos años, á las guerras contra los moros. Verificóse la ceremonia en las orillas del gran canal que se deslizaba por debajo casi de las murallas de la ciudad sitiada, siendo padrinos del príncipe D. Juan los duques de Cádiz y Medinasidonia. Concluida que fué aquella, el nuevo caballero confirió iguales honores y de la misma manera á algunos de sus jóvenes compañeros de armas.

En el otoño siguiente, repitió D. Fernando sus devastaciones en la vega; y presentándose al mismo tiempo en la desafecta ciudad de Guadix, con fuerzas bastantes para hacerla entrar de nuevo en sumision, mandó que se hiciese una inmediata investigacion de la trama que se habia urdido. Prometió hacer sumaria justicia á cuantos en ella estuviesen comprometidos de cualquier modo que fuese; pero al mismo tiempo concedió permiso á los habitantes, en un exceso de su clemencia, para que saliesen de la ciudad con sus efectos, adonde mejor les pareciese, si es que preferian esto á quedar sujetos á una investigacion judicial de su conducta. Surtió su efecto este político ofrecimiento, porque como pocos, ó acaso ninguno de los ciudadanos habian dejado de tomar parte, directa é indirectamente, en la conspiracion, de comun acuerdo prefirieron el destierro á entregarse á la piadosa merced de sus jueces. De este modo, dice el Cura de los Palacios, por los altos juicios de nuestro Señor, la antigua ciudad de Guadix volvió de nuevo á poder de los cristianos; sus mezquitas se convirtieron en templos católicos, en donde resonaron los cánticos de la única religion verdadera, y aquellas agradables regiones, que por cerca de ocho siglos habia hollado la planta del infiel, fueron nuevamente restituidas al dominio de los soldados de la Cruz.

La misma política produjo iguales resultados en las ciudades de Almería y Baza, cuyos habitantes, abandonando sus antiguos lares, se trasladaron con cuantos efectos pudieron llevar consigo, á la ciudad de Granada ó á la costa



de Africa, llenándose inmediatamente el lugar que así dejaba vacante esta población fugitiva con la multitud de españoles que se apresuraban á ocuparla.

Imposible es hoy en día contemplar aquellos acontecimientos con la triunfante alegría con que los refieren los cronistas contemporáneos, porque aunque los moros fueran culpables (si bien no tanto como generalmente se supone) de aquella pretendida conspiración, lo cual no es, á la verdad, inverosímil, y áun se halla corroborado por las relaciones mismas de los árabes, el castigo fué en extremo desproporcionado á la ofensa. La justicia hubiera quedado completamente satisfecha con haber dado su merecido á los autores y agentes principales de la proyectada insurrección, pues no parece que ésta se hiciese de modo alguno ostensible; pero la avaricia era demasiado grande para que se contentase con lo que la justicia exigía, y este acto, que se halla en perfecta armonía con el sistema de política que la corona de España siguió por más de un siglo después, puede muy bien considerarse como uno de los primeros eslabones de la larga cadena de persecuciones que terminó con la expulsión de los moriscos.

Durante el año siguiente de 1491, ocurrió un caso que pone muy de manifiesto la política que este gobierno siguiera con respecto á los asuntos eclesiásticos, y fué que habiendo la chanchillería de Valladolid admitido una apelación al papa, en un negocio cuyo conocimiento era de su exclusiva jurisdicción, la reina depuso al presidente de aquel tribunal, Alonso de Valdivieso, obispo de Leon, igualmente que á todos los oidores, y nombró otros nuevos, dando la presidencia al obispo de Oviedo. Este es uno de los muchos ejemplos que tenemos de la firmeza con que doña Isabel, á pesar de su profundo respeto á la religión y á sus ministros, rehusó siempre comprometer la independencia nacional, reconociendo, de cualquier modo que fuese, las usurpaciones de Roma; y jamás, á la verdad, durante su largo reinado, abandonó esta digna actitud, que tantas veces dieron al olvido sus sucesores.

El invierno de 1490 se empleó con toda ac-

tividad en los preparativos para la campaña que habia de dar fin á la guerra de Granada; y en el mes de Abril de 1491, se puso D. Fernando á la cabeza de su ejército, con el firme propósito de sentar sus reales delante de la capital del imperio granadino, y de no levantarlos hasta su final rendición. El número de las tropas que se revistaron en el valle de Velillos, se calcula por la mayor parte de los historiadores en cincuenta mil hombres entre infantes y caballos, si bien Pedro Mártir, que hizo como voluntario aquella campaña, la aumenta hasta ochenta mil; y procedían de las diferentes ciudades, y en especial, como solía acontecer, de las de Andalucía, que se habian lanzado á esfuerzos verdaderamente gigantescos durante esta prolongada guerra, y de la nobleza de todo el reino, mucha parte de la cual, cansada ya y fatigada por la duración de la contienda, se contentó con enviar sus contingentes, al par que otros muchos individuos de ella, como los marqueses de Cádiz y Villena, los condes de Tendilla, Cabra, Ureña y Alonso de Aguilar se presentaron en persona, ansiosos de tomar parte en la escena final del triunfo, ya que habian sufrido lo más fuerte de tantas y tan terribles campañas.

A 26 del mismo mes acampó el ejército junto á la fuente de los Ojos de Huescar, situada en la vega, y distante unas dos leguas de Granada; y el primer movimiento de don Fernando fué enviar un destamento considerable, á las órdenes del marqués de Villena, y al cual sostuvo inmediatamente él en persona con el resto de las fuerzas, con el objeto de talar las fértiles regiones de las Alpujarras, que podían considerarse como el granero de la capital. Ejecutóse esta operación con tan despiadado rigor, que se saquearon y arrasaron hasta sus cimientos, nada ménos que veinticuatro aldeas y lugares; después de lo cual, volvió D. Fernando, cargado de ricos despojos, á ocupar su primera posición á orillas del Genil, frente á frente de la metrópoli morisca, única ciudad del imperio que subsistía floreciente, cual robusta encina, que la única, ya en un bosque, parece desafiar á la tormenta que ha arrancado todas las demas que, cubriéndole, la rodeaban.



A pesar de la falta de todo recurso exterior, Granada era todavía formidable por su situación y sus defensas. Por la parte del Este, hallábase protegida por Sierra Nevada, cordillera de ásperas montañas, cuyas cimas, coronadas de nieve, enviaban sus frescas brisas á la ciudad, en medio de los abrasadores calores del estío, y la parte que caía hácia la vega, dando vista al campamento cristiano, se hallaba rodeada de murallas y torres de extraordinaria solidez y resistencia. La población, que se habia aumentado hasta el número de doscientas mil almas, por haberse acogido á ella la de los países comarcanos, podía ser ciertamente un obstáculo para un sitio muy prolongado; pero en ella se encontraban veinte mil guerreros, flor de la caballería musulmana, á los cuales no habian podido alcanzar los filos de los aceros cristianos. En frente de la ciudad, finalmente, y por espacio de casi diez leguas, se extendía la magnífica vega,

*Fresca y regalada vega,
Dulce recreación de damas
Y de hombres gloria inmensa,*

cuyo lujo de belleza apenas admitía exageración en las más floridas hipérbolos de la poesía arábica, y que florecía ufana con su hermosa vegetación, á pesar de las repetidas devastaciones de la estación anterior.

La indignación se apoderó de los pechos granadinos á la vista de su enemigo, así acampado á la sombra misma de sus murallas; y saliendo en pequeñas partidas, ó solos, desafiaban á los españoles á igual combate. Muchos fueron los encuentros que tuvieron lugar entre los briosos caballeros de ambas partes, que salían á pelear en la llanura, como palenque en el cual podían ostentar su valor en presencia de la belleza y caballería reunidas de sus respectivas naciones; porque el campo español se vió favorecido, como generalmente acontecía, con la presencia de la reina doña Isabel y de las infantas, así como también con el lucido cortejo de damas que habian acompañado á su señora desde Alcalá la Real. Los romances españoles brillan con los pintorescos detalles de estos torneos caballerescos, que forman la parte más interesante de su poesía novelesca, y que

celebrando las proezas de los guerreros moros y cristianos, derraman un débil rayo de gloria sobre las últimas horas de Granada.

Los regocijos que se celebraron en el campo á la llegada de doña Isabel no distrajeron la atención de ésta de los graves negocios de la guerra. Cuidaba de los preparativos militares; inspeccionaba personalmente todo lo que se refería al campamento; presentábase en él á caballo en su soberbio corcel y armada de punta en blanco, y cuando visitaba los diferentes cuarteles y revistaba las tropas, dirigía á los soldados frases laudatorias ó afectuosas, proporcionadas á la condición de cada uno.

En una ocasión manifestó la reina su deseo de examinar más de cerca la ciudad; y con este objeto, se eligió una casa, que ofrecía el mejor punto de vista, en la pequeña villa de Zúbia, á corta distancia de Granada. El rey y la reina se colocaron en un balcón de ella, desde el cual se dominaba perfectamente la Alhambra y el barrio más bello de la ciudad; y en el ínterin, un fuerte destacamento, al mando del marqués duque de Cádiz, tomó posiciones, con el objeto de proteger á las personas reales, entre aquella villa y la ciudad de Granada, con órdenes precisas de no empeñar acción con el enemigo, pues no quería doña Isabel anublar los placeres de aquel día, con inútil derramamiento de sangre.

El pueblo de Granada, sin embargo, era de génio demasiado impetuoso para poder sufrir por mucho tiempo la presencia, ó reto, que así le juzgaban, de su enemigo; y haciendo una salida, en la cual llevaron consigo algunas piezas de artillería, dieron un fiero asalto á las filas españolas. Resistieron éstas el choque con firmeza; pero el marqués de Cádiz, observando en ellas algun desorden, juzgó necesario tomar la ofensiva, y reuniendo entónces á los suyos, dió una de aquellas terribles cargas que tantas veces habian arrollado al enemigo. Cejó la caballería musulmana; pero hubiera podido disputar el terreno, á no ser por la infantería, que, compuesta de la hez de la población, fácilmente fué desconcertada, y arrastró en su huida á los jinetes. La derrota se hizo muy pronto general, y los caballeros españoles, cu-



ya sangre se había enardecido, persiguieron á los moros hasta las puertas mismas de Granada. «No hubo, dice Bernaldez, una sola lanza, en aquel día, que no se tiñese con la sangre del infiel.» Dos mil de los enemigos quedaron tendidos en el campo ó prisioneros en la batalla, que fué de muy corta duracion, y sólo cesó la matanza cuando los fugitivos se refugiaron detrás de las murallas de su ciudad.

Hacia mediados de Julio, ocurrió en el campamento un accidente, que pudo producir fatales resultados. Hallábase alojada la reina en un soberbio pabellon, propio del marqués de Cádiz, que éste había siempre usado en las guerras moriscas, y por el descuido de uno de los criados, quedó una luz de tal modo colocada, que durante la noche, y movida quizás por alguna ráfaga de viento, prendió fuego á las colgaduras que le adornaban, convirtiéndole en un momento en llamas. Comunicáronse éstas con terrible rapidez á las tiendas inmediatas, construidas de materiales ligeros y fáciles de inflamarse, y el real se vió amenazado de un incendio general. Esto ocurría en el silencio de la noche, cuando todos, ménos los centinelas, se hallaban sumidos en profundo sueño. La reina y sus hijos, cuyas habitaciones estaban próximas á la suya, estuvieron en gran peligro, y difícilmente se libraron, aunque por fortuna sin daño alguno. Pronto cundió el rebato, y los clarines dieron la señal de alarma, porque se creyó que sería algun ataque nocturno del enemigo. D. Fernando, armándose precipitadamente, se puso á la cabeza de sus tropas; pero averiguado á muy luégo el caso, se contentó con apostar al marqués de Cádiz, con un fuerte destacamento de caballería, dando frente á la ciudad, para rechazar cualquiera salida de sus defensores. Ninguna intentaron sin embargo; y el incendio se extinguió, por último, sin daño alguno en las personas, aunque no sin grandes pérdidas de efectos muy preciosos, joyas, vajillas, brocados y otros riquísimos adornos de los pabellones de la nobleza.

Para evitar la repetición de este funesto accidente, así como tambien con el objeto de proporcionar al ejército cómodos cuarteles para el

invierno, si la prolongacion del sitio así lo exigía, se determinó construir una ciudad de sólidos edificios en el sitio mismo que ocupaba entónces el campamento. Púsose inmediatamente el plan en ejecucion; distribuyóse la obra en dos partes, entre las tropas de las diferentes ciudades y las de la nobleza principal; el soldado se convirtió de repente en artesano, y en vez de los guerreros estruendos, sólo resonaban en el campo los ecos de las herramientas del pacífico trabajador.

En menos de tres meses se dió fin á esta obra portentosa, y el sitio que poco hacia se hallaba ocupado por ligeros y flotantes pabellones, veíase ahora cubierto de sólidas fábricas de sillería y mampostería, que, además de habitaciones, contenian tambien cuerdas para mil caballos. La ciudad se construyó en forma cuadrangular, atravesándola dos espaciosas calles, que se cortaban, formando ángulos rectos en el centro en forma de cruz, ostentando soberbias puertas en cada uno de sus cuatro extremos. En los diferentes barrios ó cuarteles se colocaron lápidas de mármol con inscripciones, en las cuales se expresaba la parte que cada ciudad había tenido respectivamente en la construcción de la obra; y luégo que ésta se concluyó enteramente, el ejército entero deseaba que la nueva ciudad llevase el nombre de su ilustre reina. Doña Isabel, sin embargo, rehusando modestamente este tributo, dió á aquella poblacion el título de *Santa Fe*, en señal de la constante confianza que su pueblo había manifestado, durante toda esta guerra, en la Divina Providencia. Con este nombre subsiste todavía, segun fué erigida en 1491, como monumento de la constancia y paciente sufrimiento de los españoles, *la única ciudad de España*, para valerme de las palabras de un escritor castellano, *que jamas ha sido manchada con la herejía musulmana.*

La erección de Santa Fe por los españoles produjo más sombríos terrores en los habitantes de Granada que los que causaron sus más brillantes triunfos militares; porque veían á sus enemigos estableciéndose en su mismo suelo, resueltos á no abandonarle nunca. Los efectos, por otra parte, del riguroso bloque en que



les tenían, habían principiado ya á dejarse sentir, estándoles tambien cuidadosamente interceptada toda comunicacion con Africa, y por último, se habían manifestado además algunos síntomas de insurreccion entre la excesiva poblacion de la ciudad, que iba sintiendo más de día en día los rigores del hambre. En tan críticas circunstancias, el infortunado Abdallah y sus principales consejeros, llegaron á convencerse de que la plaza no podría resistirse por mucho más tiempo; y finalmente, en el mes de Octubre se hicieron proposiciones por medio del visir ó ministro Abul Cazin Abdelmalik, con el fin de que se abriesen tratos para la rendicion de la ciudad. Estos tenían que conducirse con la mayor cautela, porque el pueblo de Granada, á pesar de lo precario de su situacion, y de sus descontentos é inquietudes, alimentaba en su corazon ilusorias esperanzas de recibir socorros del Africa ó de alguna otra parte.

Los soberanos españoles encargaron la negociacion á su secretario Fernando de Zafra, y á Gonzalo de Córdova, habiendo sido este último elegido para este delicado asunto, por su singular habilidad y su profundo conocimiento de las costumbres é idioma de los moros. De este modo, se confió la capitulacion de Granada, al hombre que en sus continuas guerras contra ella había adquirido la ciencia militar que le puso en disposicion, en tiempos posteriores, de abatir el orgullo de los más distinguidos generales de Europa.

Las conferencias se celebraron de noche, con el mayor secreto, unas veces dentro de los muros mismos de Granada, y otras en la pequeña aldea de Churriana, distante una legua, poco mas ó menos, de la ciudad, y, por último, despues de acaloradas discusiones entre ambas partes, quedaron definitivamente asentados los términos de la capitulacion, que fueron ratificados por los monarcas respectivos el día 25 de Noviembre de 1491.

Las condiciones fueron semejantes, aunque algun tanto mas liberales, que las que á Baza se concedieran: los habitantes de Granada debían seguir en posesion de sus mezquitas, conservando el libre ejercicio de su religion

con todos sus ritos y ceremonias peculiares; debían ser juzgados con arreglo á sus leyes, por sus cadis ó jueces, con sujecion á la autoridad general del gobernador castellano; no habían de ser molestados en sus antiguos usos, costumbres, idioma y trajes; debían ser mantenidos en el pleno goce de sus bienes, con el derecho de disponer de ellos á su arbitrio, y de marcharse adonde y cuando les pareciere, siendo obligacion de los vencedores proporcionar bajeles para la conduccion de aquellos que optasen por pasar al Africa en el término de tres años; y, por último, no había de imponérseles tributo alguno por este mismo espacio de tiempo ni mayores que los que acostumbraban pagar á sus soberanos árabes, pasado que fuese. El rey Abdallah debía reinar sobre cierto territorio que se le asignó en las Alpujarras, y rendir por él pleito homenaje á la corona de Castilla. La artillería, finalmente, y todas las fortalezas debían ser entregadas á los cristianos, así como tambien la capital, en el término de sesenta días, contados desde la fecha de la capitulacion. Tales fueron las principales condiciones con que Granada se rindió, segun constan en los más acreditados autores, así castellanos como arábigos, y las he referido con tanta precision, porque presentan los mejores datos para poder calcular hasta dónde llegó la perfidia de los monarcas españoles de tiempos posteriores.

No pudieron conducirse las negociaciones con tal secreto, que no llegara á susurrarse algo de ellas entre el pueblo de Granada, que miraba ya á Abdallah con malos ojos por sus relaciones con los cristianos, y luego que el hecho de la capitulacion fue público y notorio, estalló inmediatamente aquella sorda agitacion en una rebelion franca y abierta que así amenazaba á la seguridad de la poblacion como á la vida de Abdallah. En tan peligroso estado de cosas, juzgóse o más conveniente, por los consejeros de Abdallah, anticipar el día señalado para la entrega de la plaza; y con arreglo á este acuerdo, se fijó para este objeto el día 2 de Enero de 1492.

Preparándose entónces los españoles cual convenia, para ejecutar aquel acto final del